

Tal vez extrañe a la docta audiencia el título de la modesta exposición que ustedes tendrán la paciencia y presencia de ánimo de soportar —al menos eso espero— durante los próximos minutos. No teman, no muchos.

Pero antes de entrar en materia, permítanseme una digresión, una excusa y una justificación.

He aceptado pronunciar esta conferencia, pese a la insistencia pertinaz de mi querido amigo el Dr. Cabrera, tan sólo por rendir un homenaje a la gran persona que constituye el objeto y centro del asunto. Pensé también muchas veces en declinar la oferta, fundamentalmente por el temor a que me sucediera como dice el tango “que se me empañe de vez en cuando la voz al cantar”, y que me dejase llevar por un cariño emotivo, que pudiera caer en la sensiblería. Espero que no ocurra, pero no se puede descartar. En efecto, es difícil hablar sobre un amigo querido y distante sin que predomine el corazón sobre la lógica. No obstante, quiero protestar mi alejamiento de esta fiesta actual corrupta, no ya decadente o valetudinaria, sino en pleno proceso cadavérico. Sigue siendo un espectáculo detestable, y de ahí mi deseo no sólo ya de alejarme de las plazas, sino de cortarme definitivamente la coleta en todas las lides taurinas.

La excusa, es la que solicito de todos ustedes por el tedioso martirio que supone generalmente a la audiencia el hecho de tener que soportarme leyendo un texto, ya que parece inevitable que el soniquete de mi recitado comporte fatalmente aburrirse como una oveja —pongo por suerte de animal aburrido, sin asomo alguno de identificación con el auditorio—; pero así son las cosas, manda quien manda, y el que se dirige a ustedes es el “mandao”.